



Un día de felicidad

(Crónica del Nafarroa Oinez 83 en Bera)

Es de noche. Acaban de rechinar, ominosos, sonoros, los cerrojos de la puerta y se alejan los ecos de las botas de los guardianes. Estás ya solo, sentado sobre la piedra, al lado un bulto oscuro y asqueroso de una dudosa colchoneta y una pringosa manta. Y tienes todos los sentidos doloridos, agredidos, los ojos nublados, la nariz protestando de los confusos olores, negándote a separarlos, temiendo identificarlos, la lengua reseca, masticando sabores amargos, el tacto hipersensibilizado, como si a las yemas de tus dedos les faltara la piel y lo que tocan estuvieran al rojo, zumbándote los oídos con el silencio aparente y el aparente eco de los gritos y las amenazas recién escuchadas. Y, desorientado el sentido que te informa del

lugar que ocupas en el espacio, sabiendo que estás en un sótano, ignorando cuánto de profundo, sintiendo que te ahoga el peso de los pisos que barruntas tienes por encima... Y estás haciendo un furioso esfuerzo por controlar tus nervios, por mantener la calma, imaginando absurdas precauciones por si te están observando por algún ignorado agujero, exigiéndote conservar la compostura del rostro y los hombros firmes... que no te vean abatido. Y vas repasando los detalles del interrogatorio, revisando los gestos que hiciste, las palabras que pronunciaste, analizando si estuviste suficientemente digno, si no fué que se te escapó en rictus, una mueca inconveniente, si acaso tabaleaste demasiado con los dedos en el brazo del sillón, si no

debiste callar ante aquel insulto, por qué omitiste la incocación de aquella Ley, la cita de aquel artículo del Código... Y, de pronto, mientras estás allí quieto, te parece escuchar un grito, un alarido, una bestial exhalación de ruido humano... Aguzas el oído mientras una mano de hielo te aprieta los pulmones haciendo casi imposible que respires... dudas de si has oído... piensas si son alucinaciones... si los gritos son reales, actuales, simultáneos o si son gritos congelados, lejanos, anteriores, recogidos en cinta de magnetofón y ahora mecánica reproducción para inducirte miedo. Y el miedo te invade en oleadas. El miedo, el dolor provocado por las técnicas tan sabidas y repetidas que tú mismo has descrito y denunciado en charlas, en

coloquios, en escritos. El miedo al miedo, el miedo a no resistir, el miedo a claudicar, a perder la dignidad. El miedo a la espera, a no saber si ya vienen por tí, si están viniendo, si ya están bajando las escaleras, si ya están abriendo los cerros de la reja del pasillo. El miedo a la poco velada amenaza que aún resuena en tus oídos: «lo de usted se arregla de otra forma...».

El miedo puro y duro, el terror afilado y enfilado como la sarta de puas aguzadas del interior de la «virgen de hierro» alemana que viste en el museo de instrumentos de tortura, está ya galopandote por los pulsos, brincando por tus venas, palpitándote en la yugular, haciéndote perder el sentido del espacio. Ya no sabes si estás sentado arriba en la oficina trivial y común o abajo en el sótano del Gobierno Civil de Pamplona, o afuera en la calle pamplonesa, terrible, espantosamente indiferente, de la que oyes el ruido de los coches que la recorren...

Y es entonces cuando del fondo de tu voluntad extraes dos armas para luchar contra el miedo, para ahogarlo y sujetarlo y dominarlo y embridararlo. Son dos armas gemelas, entrelazadas, las dos caras de la misma moneda. Empiezas por forzarte a trabajar, a actuar. Y te obligas a pensar en el esquema de un ensayo, en construir el guión de un estudio, en ordenar los títulos de los capítulos de un trabajo sobre la propia realidad que te envuelve, sobre la estructura y dinámica de la sociedad vasca, en decidir las palabras de los títulos, en sopesar el orden lógico y dialéctico de los temas. Y cuando ese ejercicio mental, ayudado porque subvocalizas los textos, te ha serenado, cuando notas que tienes ya el pulso controlado, abres otro zurrón de tu espíritu y repasas tu colección de momentos felices. El sabor de un queso, el aroma de aquel salmón a la plancha, los pimientos rojos de Sartaguda en filetes «mejor que el jamón» que proclamaba el alcalde, el fuerte tirón del clarete de Zirauki, el curruscante crujir del gorrín tostado en el horno de Villatuerta, la dulzura de ese beso, el desfalleciente abandono de aquel abrazo, la quemante huella de aquella caricia tan suave y tan ardiente, la franca risa de la amada que se ondula en el aire como la cascada de Ordesa con cuyo fragor compite, el sol caliente que calcina tu cara mientras flotas haciendo el



Miembros de la organización cifraron en más de 15.000 personas la asistencia al «Nafarroa Oinez»

«muerto» en el agua salada, el abrazo nervudo, potente, silencioso, apretado y fuerte del camarada reencontrado en el exilio, el roce rugoso, áspero y caliente de la mano campesina que te estruja y sujeta y felicita, el ruido alborotado y rugiente, orgulloso y poderoso de la consigna coreada en un mitin, el flamar de tus banderas en una caravana, la gracia etérea del dibujo pétreo de ese capitel románico, el cálido resplandor de las llamas en tu chimenea mientras fumas tu pipa y te rodean los hombros manos lentas, amadas y amorosas, la canción callada y armoniosa de las hojas de las hayas de Urbasa entrelazada con rayos de sol y hace de sombra por una tejedora invisible y sabia, las palabras leídas, repasadas, devoradas de los viejos libros queridos, de los autores memorizados, regurgitados, digeridos...

Tener una colección de momentos, de instantes, de pedazos de espacio-tiempo felices almacenados en la memoria es un antídoto increíblemente eficaz contra el miedo. Repararlos, revivirlos, sacarlos del hondón de la memoria para reconstruirlos minuciosamente, para apurar poliédricamente todo el gusto y regusto de los mil detalles y sensaciones que los compusieron, es una baza fundamental para mantener o recuperar el equilibrio emocional en una situación angustiosa. Sirve para comprobar que el mundo de universal felicidad por el que uno lucha no es imposible, que la felicidad es posi-

ble, que existe, que uno la ha vivido. Que el problema sólo es (aunque eso sólo sea un mundo) extenderla a la vida toda, entera, de uno y de todos los demás.

Todo esto viene a cuento porque necesito explicar que el domingo 18 de setiembre, cuando regresaba a Estella después de pasar el día en el Nafarroa Oinez 83 en Bera, había logrado enriquecer mi zurrón de momentos felices con un día entero, completo, rebosante. De forma que escribir la crónica del Nafarroa Oinez 83 es para mí la gozosa tarea de relatar un día repleto de felicidad. Que uno no moja siempre su pluma en acibar. Que las letras que junta y alinea rigurosamente no son, no tienen que ser, siempre como balas. Que cuando lo son, cuando lo tienen que ser, lo son para abrir como forceps el paso a la vida plena para todos, a la vida gozosa en la que la felicidad no sea sólo, como ahora, unas pocas queridas hebras aisladas, entrelazadas en la urdimbre de la tela hosca y erizada de la vida cotidiana, asquerosa, chata, manipulada y explotada.

Voy a contar, pues, como fui feliz en el Nafarroa Oinez 83. Como lo fueron, estoy seguro, yo lo ví, miles y miles de vascos, vascas y vasquitos.

Dolores, la recurrente, y Blanca... y Agirre

Dolores, la recurrente. La ví y la reví y la volví a ver. Y cada vez que la veía llevaba en las manos una escoba. Y no de adorno. Pasaron

horas entre cada vez que la vi. Pero siempre estaba usándola. Le estaban usando cuando entré mirando y preguntando en la cocina que preparó la comida para el casi millar de comensales en el frontón. La estaba usando casi cinco horas después en los alrededores de ese frontón. Y llevaba trabajando desde el sábado a la tarde. Dolores, casada, treintañera (no diré los años aunque me lo dijo), de Santesteban, fué una del medio centenar de personas que atendieron la cocina. Se apuntó en cuanto se enteró que había que colaborar...

Blanca, la morena, 22 años en sazón, recién acabados los estudios de Ciencias Empresariales en San Sebastián, euskaldun, de Yanci, estaba sirviendo la comida entre las 15 largas mesas del frontón. Se había apuntado hacía 15 días...

Agirre, empleado del Ayuntamiento de Bera, que guardaba la puerta de la cocina y estaba en comisión de servicio obedeciendo instrucciones de su empleador: la Corporación municipal de Bera que no sólo cedía el edificio sino también su personal. Y matizaba que

habría estado colaborando voluntariamente si no hubiese tenido que hacerlo por razón de oficio...

Dolores, Blanca, Agirre, son solo tres botones de muestra del casi medio millar de vecinos de Bera y de toda la comarca que trabajaron, sudaron, patearon y anduvieron construyendo con su esfuerzo la felicidad de un día feliz para miles de sus compatriotas. Desde la compañera o el compañero que te sellaba la tarjeta en cada control kilométrico de circuito a los pacientes palafreneros que llevaban del puño las riendas de los caballos que hacían las delicias de los críos, a las docenas de camareros y camareras de los chiringuitos de bebidas y comidas, a los multiplicados guías de la circulación de vehículos y personas que impidieron que el caos fuera la casi inevitable consecuencia de la riada de coches y atubosues, pasando por los encargados de los servicios sanitarios y de auxilio, los encargados de prensa, los cuidadores de la exposición, los expendedores de tarjetas, los que vendían bolsas y gorros y camisetas, cientos de hombres y mujeres, jóvenes, niños, maduros,

viejos, cientos de calientes corazones cientos de fáciles sonrisas que se abrían y cerraban mil veces como rápida cremallera de cordialidad cientos de pares de sufridos, pacientes, cansados, incansables pies, cientos de brazos vascos construyendo con su esfuerzo la felicidad de los demás...

Sería un pecado, un gordo, repugnante, enrevesado pecado, empezar a contar la felicidad lograda en el Nafarroa Oinez 83 sin mencionar a esos cientos, medio millar, de vascos y vascas que fueron felices haciendo felicidad para los demás. Es seguro que cuando acabó no el día que sí la madrugada, cuando plegaron y se pararon y descansaron, el tremendo éxito logrado por la jornada fué el mejor linimento para el agarrotamiento de sus músculos. Hay una profunda enseñanza que recoger en esa manera, tan vasca, del trabajo comunal, del esfuerzo solidario de los vecinos para una tarea colectiva, de la puesta en común de los brazos y el trabajo y la imaginación y la inventiva y la colaboración y la ayuda para construir.

Como la hay en las líneas maestras, en el esquema que subyace en el enfoque mismo de la jornada del domingo. En esa utilización de la fiesta, de la alegría, de la felicidad compartida como instrumento, como llave, como ariete para luchar contra una carencia, contra una insuficiencia, contra una necesidad imperiosa descuidada y desatendida. Contra la incuria, fiesta. Contra el odio, fiesta. Contra la rabia torpe, el desprecio mendez, la ausencia estúpida, el obstáculo falaz, fiesta.

Fiesta vasca, alegría vasca, felicidad vasca acumulada, concentrada, amorosamente construida para usar la risa contra la tristeza amenazante, la esperanza levantada contra la sentencia vengativa que pretende ser vinculante.

Es posible vencer y humillar y esclavizar a los rebeldes duros y hurafios. Los rebeldes que calientan con risas y fiesta su esperanza, son rebeldes imposibles de vencer.

Festak bai ere borroka bai

Que la fiesta no está reñida con la firmeza, ni implica claudicación. Que, precisamente, cuando un pueblo es viejo de milenios pero mantiene viva y renovada su juventud es porque no ha aceptado humillar su cerviz impotentemente mansa bajo



El circuito, de seis kilómetros, se hallaba enclavado en un paisaje idílico. El «Nafarroa Oinez» contó con la ayuda de un día soleado y espléndido.

el yugo que gentes de la hierba mala le quieren poner. Y que entonces es cuando sabe cohonestar la fiesta con la lucha. Nafarroa Oinez 83 lo hizo así. A lo largo del circuito de 4 kms. largos pequeños letreros aquí y allá testimoniaban la feliz eficacia de una idea: informar a los miles de vascos urbanos, metropolitanos, que viven durante la semana atrapados en la ratonera asfaltada y cementizada de la ciudad industrial que es Euskadi, en esa CINDU-EUSKADI en la que habitan ya el 95% de los vascos, de que ese árbol o esa zarza o esa hierba se llaman en euskara así, en latín así, en castellano así.

Y junto a esos letreros informativos y didácticos para los caminantes que hacían el circuito, los grandes carteles, las pancartas de papel grande y rotundo con las consignas sempiternas, con los gritos de lucha de un pueblo que no se rinde: Pre-soak kalera, amnistía osoa...

Casi un millar de comensales compartían mesa y manteles (de papel claro) en el frontón. Pero si levantaban los ojos, a la altura del cuarto piso, campeaba la pancarta evidente y certera: «Ez gaude denok. No estamos todos». «Xotero eta Arburua askatu».

Como dos pisos mas abajo una tela gritaba «Euskara Eskolara Ikastola Publikoak». Y, subrayando el grito que reclama el euskara en la escuela y la asunción legal del hecho real del papel público de las ikastolas, el viejo símbolo de la Navarra grande, el blasón de cuando la Euskadi grande se llamaba a ambos lados del Pirineo, Navarra: el arrano beltza. Como centro del sello de Nafarroako Ikastolen Elkartea.

Fiesta sí, pero lucha también. La fiesta como forma de lucha. La lucha vivida con el ánimo alegre de una fiesta en vez de con la agonía triste y lánguida y autocompasiva de los estreñidos de cuerpo y alma, de los destiladores de sus propios tristes humores como nectar de melancolía.

El sol que no es ciego sino amigo y el cielo que hace encaje con la tierra

Enseñan a los niños castellanos unos versos broncos, ásperos e incómodos como cifra de su tierra y de su historia: «El ciego sol, la sed y la fatiga/el destierro, con doce de los suyos/por la terrible estepa castellana/polvo, sudor y hierro/el Cid cabalga». Y no se sabe bien qué es mas penoso. Si la definición de la propia tierra como terrible. Si la identificación de la vida y el hacer

como fatiga, como sudor que empapa las armas y el respirar como masticar polvo. O sea aparición ominosa del sol como enemigo, con ciego furor que calcina sesos y seca mollaras. Y enloquece a unos guerreros que se realizan cabalgando.

No era ciego, sino amigo, el sol que nos acompañó, e hizo felices, el domingo. El sol que iluminaba el camino del autocar del grupo Larraiza (Lizarrako dantzariak, los danzaris de Estella) en el que fuimos a Vera. El sol que abría paso a ese autocar por tierras de Villatuerta, de Zirauki, de Mañeru, de Gares, tierras navarras todas que todavía en 1587 eran monolingües en euskara. Era amigo el sol que nos guiaba por Olave, por Ostiz, por Olagüe, por el puerto de Velate, por Almandoz y Mugaire y Oronoz y Narvarte y Sumbilla y Berrizaun. Era amigo y no ciego el sol que doraba las hayas y los castaños que convertía en espejo reluciente las aguas del Bidasoa, cabe la carretera.

Y amigo era y no ciego el sol que nos acompañó y rebrilló y calentó puso brillantes, de sudor nuestras frentes y alumbró los abrazos de los amigos y compañeros en el increíble, excepcional recorrido del circuito del Nafarroa Oinez 83. Andá-



Cinco estaciones, más la de llegada del barrio de Altzate, proporcionaban asistencia y refresco a los participantes.

bamos borrachos de luz, deslumbrados de la belleza de una tierra que brillaba con los mil matices del verde haciendo encaje de bolillos de colores con el azul profundo y claro de un cielo orgulloso de mostrar las crestas de los montes, mimoso sostenedor de las alas deltas voladas por vascos brazos para hacer con el riesgo y la fuerza y la gracia, la armonía y la elegancia y la destreza.

¡Qué día! ¡Qué tiempo! ¡Qué regalo! ¡Qué sol amigo, que no ciego! Pensadores machistas, fascistas voces incapaces de expresar sentimientos para ellas imposibles, han tratado de tachar, como si fuera per se peyorativa, de femenina la manera de amar sensible, sensualmente, la propia tierra. Triste ceguera la que impide entender que es viril, por humana, la certera pasión por una tierra hermosa, placentera, como la de esos valles y esos montes, esas laderas y esas campos que llenaron nuestros ojos caminando en el circuito del Nafarroa Oinez 83. Sensual goce de los ojos masculinos recorriendo las curvas y las turgencias, las hondonadas y los recodos de las tierras ordenadas, distendidas, tendidas bajo el cielo, tapiadas de la pelusa suave y verde de las hierbas. Sensual goce de los ojos femeninos recorriendo el perfil de la tierra, cálida y acogedora con abrazos tiernos prometidos, erguida también en la firmeza y la dureza de las rocas y los montes, de los dedos enhiestos de los árboles trepidantes, trepadores, triunfantes. Sensual goce que entra por los ojos de una tierra que satisface complementarias miradas, sensibilidades completivas, que no es solo masculina, ni solo femenina, la condición humana.

Las ventajas de ser un pequeño pueblo

El pueblo vasco es un pueblo pequeño en número. Y si eso dicen que es desventaja cuando de pelear se trata por pueblos que cuentan sus gentes por decenas de millones, tiene la compensación de que aquí nos conocemos todos. Y cuando, como en el Nafarroa Oinez 83, se juntan diez, quince mil vascos, la larga jornada de la fiesta viene mechada por un rosario de continuos encuentros con compañeros y amigos. Alaveses, guipuzcoanos, vizcainos, navarros. Y los de Iparralde. Ahora son los besos de la compa-



A la comida popular asistieron 1.000 personas, siendo muchas las que, al haberse agotado los tickets debieron conformarse con bocadillo.

ñera de Erandio, instantes después el rugido cariñoso y el abrazo de oso del laudiotarra. Y un poco más allá el apretón cordial del bergarés. Y después al bucear profundo en la mirada de miel de la compañera de Pamplona. O la palmada leve, pero tan sentida, del de la Sakana. Andar por una fiesta vasca como la del Nafarroa Oinez 83 es como ser aguja que recorre, repasa y reconstruye un bordado complicado, un entramado de mil vueltas y revueltas de lazos de amistad, de cariño, de camaradería, de sufrimientos y luchas compartidas que se anudan en irrompible cadena de solidaridad y afecto.

Cada uno es cada uno. Y cada uno pone, ponemos, el acento de su personal vivencia, de su personal peripecia, en el crisol de la tarea que es de todos. Pero la fuerza de este pueblo estriba en que cada uno es cada uno, pero nadie es nada si no es de todos y con todos, para todos y no para sí.

Orejas cortas, medias lenguas, necesitamos la palabra

«Who wants power needs language». El que quiere el poder necesita la lengua, dijo Knapper. Para seguir siendo el mismo, para no ser manipulado y expoliado y explotado y escarnecido y despiezado, este pueblo, el pueblo trabajador vasco, necesita su propio poder. Necesita controlar el poder que con él, sobre él, actúe. Y si quiere el poder necesita la lengua. Necesita poder llamar a las cosas por su nombre. Necesita

hablar las propias palabras para poder resistir a las palabras que le son dictadas desde un poder que le es ajeno, que le es contrario.

Necesita dejar de ser oreja corta (belarri motxa), necesita dejar de usar media lengua (erdi-era). Necesita recordar que, como escribió Marc LEGASSE:

Bada Euskara mendiratu eta itxasoratu zen, basarrían, bordan, oihañetan eta ontzian aterbea zuela.

Eta Euskarak, aberatsen saloietatik eta jauregi ofizialetatik egotzia, etxe harrezin bat aurkitu zuen marinel, egurgin, artzain edo laborari bat bizi zen leku bakoitzean, subazterrean bere herriaren garraz berotzeko.

(Y el Euskara se echó al monte y al mar; se refugió en el caserío, en la borda, en los bosques y en el barco.

Y allí donde vivía un labrador, un pastor, un leñador o un marinero, el Euskera, expulsado de los palacios oficiales y de los salones del rico, encontró un hogar inexpugnable, para calentarse a la llama de su pueblo).

Y que, a partir de ahí, es preciso que todos recuperen la lengua para ir con su lenguaje al encuentro de sí mismos y al del mundo.

Hubo en este domingo feliz del Nafarroa Oinez 83 muchos instantes felices, muchos momentos felices que sobresalieron como crestas de la sólida montaña de felicidad difusa que envolvió al día. Pero hubo un momento sobre todos, sobre el colorido de los deportes vascos, sobre la

magia de los pasos de los dantzaris, sobre el sólido asombro producido por la gracia y la fuerza de la increíble larga balconada de madera que recorría la pared entera, alargada de aquel caserío, sobre la fascinación de ver surgir de las manos de los artesanos la obra bella y bien hecha, sobre el eco de siglos de trabajo en los viejos aperos de labranza... Sobre todos esos momentos destacó la sobremesa de la comida. Los mozos riberos de Fustiñana exhibieron la fuerza y la garra de sus paloteados. Pero la tarde caliente y cómoda y cálida y muelle, se hizo milagro cuando actuaron los bertsolaris.

La increíble voz de Amuriza, el timbre de Lopategi, el tañido de los navarros Argiñarena (Joxe Miguel y Joxe Fermin), el veterano Salbador de Aranaz, se adueñaron del aire y del espacio y del hueco. Y del tiempo.

Y oficiaron el milagro renovado del bertsolari, la mágica muestra de la impar potencia del euskara como instrumento del arte y de cultura. Era imposible no recordar la sentencia acuñada por Marc Legasse:

Egiaz, gaurregunean gertatutakoaz oroit egin behar duzue betirako. Jearpen luze baten biktima den hizkuntza batez mintzatzen zarete, bainan hemen duzue: Euskararen etorriaz, Jesusamen batetan horrenbeste olerki eta musika sortzeko gaia, zuen biziaren egun oro heriotzaren orduraino, eta gero zuen ondokoen bizi guztiak eterniteraino liluratzeko haina. (En verdad, tenéis que acordaros siempre de lo que ha ocurrido aquí este día. Hablais una lengua victima de una larga persecución, pero capaz de crear en un breve momento, bajo la inspiración del Euskara, tantos poemas y tanta música, como para endulzar todos los días de vuestras vidas hasta la muerte y, después, todas las vidas de vuestra descendencia, en la eternidad).

Escuchar a los bertsolaris en el frontón de Bera comunicaba a la vez una certeza y una angustia. La certeza de que un pueblo que mantiene viva y operativa una construcción cultural tan compleja, original y elaborada a la par que bella como es el bertsolarismo, es un pueblo que está vivo. Vivo como pueblo, vivo como conjunto de hombres y mujeres libres por dentro en oposición a los pueblos de súbditos, los

pueblos vencidos que están muertos porque han aceptado que les pongan cencerros al cuello y además les gusta.

Pero junto a esa certeza, la angustia. La angustia de saber que toda aquella fiesta era necesario expediente para reunir unas monedas que faltan para una ikastola (LABIAGA) fundada hace 9 años, llevada hasta el nivel actual de sus 228 alumnos por el esfuerzo abnegado del pueblo. Como lapidariamente ha dicho Pello Ordóñez, profesor de la ikastola y concejal de Bera: "las ikastolas andan de pobres por la vida y sin la entusiasta colaboración popular nunca habrían existido".

Jesús Bueno Asín, con otros directivos de la Federación Navarra de Ikastolas, celebró en el propio Nafarroa Oinez una rueda de prensa. En ella hubo de hacerse la denuncia del bestial sabotaje que a la ikastola municipal del Baztan está realizando una derecha cerril, navarrera, intoxicada de imbecilidad y sectarismo españolista. «Y reconoceréis al culpable su sonrisa de falsario y oiréis sonar en sus bolsillos los treinta denarios del Judas euskaldun».

Faltaron dos payasos de Pamplona

Dantzaris de Estella y de Pamplona y de Fustiñana. Trikitrixas, txistularis y txarangas, dulzaineros, zankos, acordeonistas, harrijasotzailles, haizkolaris... en el Nafarroa Oinez 83 hubo casi de todo.

Pero faltaron los payasos del renombrado circo «Los Amejoradores». Faltaron los que hacen de payasos en el circense marco «institucional» de Navarra: los Arza, Del Burgo, Zubiaur, Bades, Urralburu, Arbeloa, Balduz, Roldan.

Faltaron los enemigos de la «lingua navarrorum», los cerriles enemigos del ser y hacer vasco de Navarra.

No es que hicieran puñetera la falta. Es que su desprecio por el euskara, su despreocupación por algo tan vital para Navarra, es una lección que nos dieron los «payasos del Amejoramiento»: la de que no bastan los esfuerzos populares, aunque tengan tanto éxito como el Nafarroa Oinez 83. Que para resolver el problema del euskara, como tantos otros, es preciso tomar el poder político. Construir el poder político vasco propio, soberano e independiente. Y que antes de revolucionar el lenguaje hay que revolucionar la



vida. Para impedir que los que tienen vocación de andar de payasos por la vida civil conviertan nuestra comunidad en un mal circo que nos avergüence ante el mundo.

Almacenar felicidad, que falta nos hace

Andábamos viendo a un genial chiquillo, regordete e inspirado que prefigura el gordo jovial que va a ser de mayor, encabezar una fila de infantiles dantzaris, cuando recuerde los primeros (casi los primeros) versos de «Euskaldunak» de Orixé: «Los labortanos nos enseñaron a guadañar la hierba, de Vizcaya vinieron quienes cocían el carbón, y de Guipuzcoa habilidosos operarios en labrar la madera». Y decidí liarme la manta a la cabeza y comprarme la makila de cerezo a la que había echado el ojo y el deseo cuando su artesano fue a la Feria de Estella. Fui y me la compré.

Y cuando a la noche, ya de vuelta en el autocar, revivía y almacenaba en mi memoria el domingo feliz que habíamos vivido, mis dedos, al acariciar la suave y dura madera de cerezo de la makila, parecían estar palpando la dura y firme y serena certeza de que el euskara no faltará a la cita de la Euskadi independiente, socialista, reunificada y euskaldun que está ya rompiendo en el horizonte de nuestros días, empujada por nuestros puños y nuestras voces.